

*La economía española en democracia**

SERAFÍN PIÑEIRO FERNÁNDEZ
Escuela Universitaria de Estudios Empresariales
Universidad Complutense de Madrid

La victoria socialista en los comicios del pasado 6 de junio de 1993 abre una nueva etapa en la vida política española caracterizada, a diferencia de las anteriores iniciadas a partir de 1977, por la formación de un gobierno en minoría. Felipe González no pudo agotar la legislatura anterior debido al profundo deterioro y desgaste político, económico y social, especialmente visible a partir del otoño de 1992. El asalto al poder por parte del Partido Popular estuvo a punto de producirse en esta ocasión. El distanciamiento de votos entre el PP y el PSOE se acortó espectacularmente, pero, una vez más, en cuantía insuficiente para colocar a José María Aznar en la Moncloa.

Como todos sabemos, España inició su andadura democrática a partir del año 1976 y es por ello que las reflexiones que se hacen a continuación van a referirse al proceso evolutivo de su economía a partir de entonces. De forma muy esquemática, desde ese año hasta la actualidad, cabe distinguir las siguientes etapas:

1976-1984: Define un largo periodo de crisis interna, con tasas de crecimiento muy bajas del PIB, fuertes tensiones inflacionistas y alto nivel de desempleo. Cabe hablar de una etapa de crecimiento cero en algunos años, de una inflación de dos dígitos, de un crecimiento galopante del número de parados y del déficit de las administraciones públicas. En una buena parte de esta etapa, el país está inmerso en un proceso de transición política que intenta consolidar un horizonte democrático que nos acerque definitivamente a Europa.

1985-1989: Es la etapa de una progresiva recuperación de la actividad económica y que, prácticamente, coincide con la adhesión en 1986 de España a la Comunidad Económica Europea. La industria española se desarrolló con dinamismo; se modera la inflación; se genera la creación de empleo (se pasa de una tasa de paro del 22 por 100 sobre la población activa en 1985 a otra del 16 por 100 en 1989); las tasas de variación del PIB se sitúan entorno al 5 por 100 anual (muy por encima de la media comunitaria) y, por último, mejora sensiblemente la relación del déficit público con el PIB. No obstante, en esta etapa el crecimiento excesivo de la de-

^(*) Texto actualizado de la conferencia pronunciada el 9 de octubre de 1992, dentro del programa *Il grande Mercato del 1992 e'oggi*, organizado por ASSOSERVIZI/SADA, Reggio Emilia (Italia)

manda interna genera un fuerte desequilibrio en nuestra balanza comercial que se traduce en una situación deficitaria creciente de la balanza de pagos por cuenta corriente claramente reveladora de que el país está viviendo muy por encima de sus posibilidades reales. La economía española ofrece en esta etapa particulares atractivos al ahorro exterior y se abre una etapa muy favorable para la inversión extranjera, si bien en no pocos casos con un marcado signo especulativo. La orientación hacia nuestro país del capital extranjero hay que imputarla a los altos tipos de interés mantenidos contra viento y marea por el equipo económico del ministro Solchaga, cada vez mas desbordado para financiar el déficit público. Por otra parte, nuestra integración en la CEE hizo mucho más permeable nuestro mercado, como consecuencia del progresivo desarme arancelario, a los productos extranjeros y ello queda evidenciado por la escalada del déficit comercial. Estos desequilibrios, unidos a una caída de la competitividad y a un escaso éxito en la lucha contra la inflación en la segunda mitad del periodo considerado, son los exponentes más claros de que el modelo económico utilizado está a punto de agotarse al estar, por otra parte, seriamente amenazado por una coyuntura exterior poco favorable.

1990-1992: Así pues, a finales de 1989 hay indicios claros de un cambio de tendencia y que, en medida importante, obedece a los acontecimientos de todo tipo desatados en el exterior y que en su vertiente económica inciden negativamente en la economía española. Ese cambio de tendencia se muestra en términos preocupantes a partir de la segunda mitad de 1991 y que en 1992 se acentúa en medio de un clima de turbulencia monetaria como la que se está viviendo en la actualidad en la mayoría de los países europeos. La economía española, entra poco a poco, en una recesión de gran calado que las autoridades económicas no son capaces de combatir con eficacia. El desequilibrio exterior sigue creciendo en un marco en el que de nuevo las tensiones inflacionistas se hacen más visibles, el desempleo tiende a aumentar y el déficit público se dispara escandalosamente.

Creo que en estos momentos son muchos los españoles que se preguntan cómo ha sido posible un deterioro tan rápido y hasta tan dramático de la situación económica del país. Dar una respuesta clara a esta interrogante no es fácil, ya que a ella se ha llegado por una compleja alianza de factores internos y externos manifiestamente desfavorables a partir del primer semestre de 1992.

Esta realidad alcanza, por supuesto a otros muchos países de nuestro entorno y nada mejor que recordar que, según el Fondo Monetario Internacional (FMI), la recuperación de la economía mundial, especialmente de los países industrializados, tendrá que esperar algún tiempo. El FMI ha revisado a la baja sus ya cautas previsiones y adelanta ahora que la Comunidad Económica Europea crecerá menos del 1.2 por 100 en 1992 y apenas un punto en 1993.

La despedida de 1992 y el comienzo del nuevo año tuvo lugar bajo una sensación generalizada de que la crisis económica se ha instalado en nues-

tro país en términos altamente preocupantes, cuyos mejores exponentes se tienen en la escalada del paro, que en el primer semestre de 1993 se situaba por encima de los 3,2 millones de parados, y en fuerte presión sobre la peseta que tuvo que ser devaluada, desde septiembre de 1992 a junio de 1993, en tres ocasiones.

Esta apretada síntesis evolutiva nos de pie para hacer un conjunto de reflexiones sobre la economía española en la actualidad. La primera reflexión nos lleva a considerar la creciente preocupación que generan los desequilibrios internos (precios y déficit público) y externo (déficit de la balanza de pagos por cuenta corriente). Estos desequilibrios explican sobradamente la política fuertemente restrictiva que las autoridades económicas han puesto en marcha de cara a los próximos años.

La inminente entrada en vigor del Mercado Único Europeo y el proceso de convergencia que define el tan discutido Tratado de Maastricht para los países comunitarios configuran un marco que reclama necesariamente reconducir esos desequilibrios a una senda mucho más sosegada, ya que de lo contrario nuestra capacidad competitiva en un mercado cada vez más abierto brillará por su ausencia. Sirva de ejemplo que la divergencia con los países de la CEE era en 1991 de 1,5 puntos en materia de precios y de 1,7 puntos en cuanto a tipos de interés (1,9 y 0,8 en junio de 1992).

La política presupuestaria española para 1993 expuesta en el pasado otoño por el Ministro de Economía descansa, en síntesis, sobre las siguientes líneas básicas:

- Reducción del déficit público del Estado al 2,6 por 100 del PIB, como está previsto en el Plan de Convergencia, sin aumento de los impuestos y fuerte control del gasto hasta ahorrar alrededor de unos 700.00 millones de pesetas.

- Crecimiento real de la economía entre el 0,9 y el 1 por 100 (ligera-mente por encima a la media europea prevista).

- Disminución efectiva en dos puntos de la inflación del 6,7 por 100 previsto para 1992.

- Subidas salariales inferiores a la inflación (en torno al 3 por 100) entre los funcionarios y trabajadores de empresas públicas.

- Crecimiento real de la inversión en infraestructuras similar al del PIB. Mantenimiento de la presión fiscal directa, del tipo medio del IVA (15 por 100) y reajuste del IVA de lujo del 28 por 100 al 15 por 100 (compensado en los automóviles con nuevas cargas fiscales).

La economía española está atravesando una situación extremadamente delicada que reclama una política económica fuertemente restrictiva que posibilite la reconducción de los desequilibrios a que hemos hecho referencia anteriormente. Es evidente que el escenario macroeconómico no da pie para optimismos de ningún tipo ante la caída de las tasas de variación del PIB en el trienio 1991-1993 y que se han traducido en una nueva y sostenida escalada del desempleo.

Se pretende, con los duros sacrificios que se le demandan a los espa-

ñoles, alcanzar una tasa moderada de inflación no más allá del 4,5 por 100 para 1993 y limitar fuertemente el gasto público. El clima que se vive en estos momentos es manifiestamente pesimista en la casi totalidad de los sectores económicos y que en el industrial se hace especialmente visible ya que la mitad de las empresas españolas han paralizado sus planes de inversión previstos. Para la gran mayoría de las empresas la mejora de las perspectivas económicas tiene que responder, dentro de ese marco presupuestario restrictivo, a los siguientes factores: descenso de los tipos de interés, reducción de la tasa de inflación, incremento de la competitividad, normalización del mercado laboral y descenso de la carga fiscal que gravita sobre las empresas.

España, como la mayoría de los países comunitarios, está viviendo de forma dramática las incertidumbres que rodean a la economía mundial, los sombríos presagios que pesan sobre el Tratado de Maastricht y la compleja inestabilidad del Sistema Monetario Europeo desatada con virulencia tan recientemente. Unamos a esta cruda realidad que nos viene impuesta desde el exterior los problemas internos y fácilmente comprenderemos que con 1993 se abre una nueva etapa de crisis que requerirá, en el mejor de los casos, bastante tiempo para superarla.

Las llamadas de atención son, en estos momentos, moneda corriente y buena prueba de ello está en el derrumbamiento que, desde comienzos del pasado mes de septiembre, se ha producido en el mercado bursátil español, tan seriamente afectada por la crisis monetaria. En efecto, el índice de la bolsa de Madrid pasó en quince días del 214,94 (14.09.92) al 186,01 (01.10.92), colocándose al nivel de 6 años atrás. Y nada, desgraciadamente, hace pensar en una próxima recuperación. Las Bolsas españolas están siendo víctimas de una clara actitud vendedora de los inversores extranjeros favorecida, por otra parte, por la revisión a la baja de la calificación efectuada por la firma internacional Moody's de las emisiones españolas de deuda en divisas. No hay duda de que el Tesoro Público se le van a presentar graves problemas de financiación del déficit público y de los vencimientos de deuda que cumplen en los próximos meses. Dar satisfacción a los elevados tipos de interés que reclama el mercado en estos momentos no es una decisión fácil de tomar de manera responsable.

Todas estas tensiones explican que, pese a la reiterada intervención del Banco de España en apoyo de la peseta, el gobierno se viera obligado a una moderada devaluación en septiembre de 1992, manifiestamente insuficiente para eliminar la presión sobre nuestra moneda y la sangría que provoca en nuestras reservas exteriores. Esta medida, que para muchos expertos no se justifica teniendo en cuenta el elevado nivel de nuestras reservas exteriores, provoca según estos una falta de credibilidad en nuestra moneda y presionaría el alza de los tipos de interés, salvo, claro está, que se produjera dentro de un marco de realineamiento de las paridades de las monedas europeas. Aún así, la crisis monetaria lejos de suavizarse se complicó hasta el punto de que las autoridades monetarias se vieron

obligadas, como ya se ha dicho, a decretar dos devaluaciones adicionales en la primera mitad de 1993.

Hechas las anteriores consideraciones, reveladores de la compleja situación que nos está tocando vivir, el horizonte económico español se presenta con abundantes nubarrones que no presagian nada bueno. El presidente González, aunque muy tardíamente, ha reconocido que la economía española vive por encima de sus posibilidades reales. La escalada del déficit de la balanza de pagos por cuenta corriente desde 1987 de ha financiado con holgura con el ahorro exterior y ello explica el crecimiento espectacular de las reservas centrales netas, que en junio de 1992 se situaban por encima de los 72.000 millones de dólares, frente a 16.001 millones a finales de 1986.

Las turbulencias en el seno de SME siguen en pie y ello explica que se hable de una Europa a dos velocidades no prevista en el Tratado de Maastrich. Creemos que una política de unión europea hace aconsejable un mismo ritmo para el conjunto de los países comunitarios. Estabilizar el SME requiere, sin duda, un esfuerzo por parte de todos basado en medidas imaginativas que no supongan dentro de la CEE discriminaciones entre sus miembros. Es necesario, eso sí, que a escala de la política económica de cada uno de ello se busquen planteamientos armónicos para superar lo antes posible la crisis actual.

Volviendo al análisis de la situación actual de la economía española, el escenario macroeconómico para 1993 responde a una política económica que persigue controlar las tensiones inflacionistas y moderar el crecimiento del gasto público, principales factores del desequilibrio interno que padece el país. En medida muy importante la instrumentación de medidas adecuadas, como las anunciadas al dar a conocer los presupuestos del Estado para 1993, deben ser asumidas por los diferentes agentes económicos (administración, empresas, sindicatos y administrados) con talante constructivo y evitar situaciones conflictivas y encontradas entre los mismos.

Si los desequilibrios internos son un serio motivo de preocupación también lo es, y en estos momentos con mayor intensidad, el que registra el sector exterior de nuestra economía.

Desde el año 1988, la balanza de pagos por cuenta corriente presenta una situación deficitaria marcadamente creciente pasando de 3.099 millones de dólares a casi 18.000 millones estimados para 1992. Este comportamiento tan desfavorable es imputable al fuerte desequilibrio que ofrece la balanza comercial. Este comportamiento indeseado, sin embargo, va acompañado de un crecimiento verdaderamente llamativo de los activos exteriores, hasta el punto de que las reservas en oro y divisas rebasaron los 72.000 millones de dólares a finales del pasado mes de junio. Es decir, el ahorro externo no sólo ha financiado el déficit de la balanza de pagos por cuenta corriente sino que ha permitido nutrir nuestras reservas exteriores. Esta indiscutible realidad no puede, en ningún caso, minimizar la gravedad del hecho de que la economía española está viviendo por encima de sus posibilidades reales.

Llegados a este punto, y habida cuenta de la situación turbulenta que están viviendo la mayoría de los países occidentales, la crisis abierta en España en los momentos actuales se va a prolongar, casi seguro, durante lo que resta de 1993 y buena parte de 1994. Cabe esperar que la clarificación del marco político y el deseado buen hacer del gobierno de coalición contribuya a superar una profunda crisis como la actual. La política económica, por tanto, va a tener que hacer un verdadero encaje de bolillos para despachar tantos y tan importantes desequilibrios como los apuntados y para devolver, en el exterior, la confianza perdida en nuestra economía. Respecto a la financiación del déficit de la balanza de pagos por cuenta corriente, la situación de euforia de tiempos atrás puede dar paso, como ha ocurrido ya, a otra particularmente grave si no se restablece pronto, por una parte, la estabilidad del SME y se restaura, por otra, el crédito que nuestro país venía ofreciendo a los inversores extranjeros. Insistimos que la fuerte caída de nuestras reservas exteriores, situadas a finales de abril de 1993 en 44.406 millones de dólares (casi 30.000 menos que en junio de 1992), en medio de tres devaluaciones monetarias practicadas en el escaso espacio de un año, no deja margen para el optimismo.

Así pues, si el atractivo español para el ahorro extranjero sigue en entredicho, el desequilibrio comercial sigue por las nubes (a pesar de la mejora que presenta la balanza en el primer semestre de 1993) y la tan deseada estabilidad monetaria se demora, entonces las reservas de activos exteriores pueden sufrir un rudo golpe en un corto espacio de tiempo, lo que es tanto como decir que llueve sobre mojado en un momento en que el mercado europeo reclamará, irremisiblemente, una mayor competitividad de nuestro sistema económico-productivo de cara al exterior. Toda la política económica tiene, por tanto, que definirse de tal forma que los desajustes estructurales de nuestra economía vayan debilitándose poco a poco.

Hay, pues, que hilar muy fino para superar una crisis generalizada y que, en el caso de España, nos ha sorprendido en un mal momento plagado de incertidumbres por doquier, empezando por el discutido proceso de convergencia de Maastrich que, de salir adelante, nos exigirá una disciplina económica que en estos últimos años ha brillado por su ausencia.

Fuentes documentales:

Boletín Estadístico Banco de España.

Presupuestos Generales del Estado.

Informes del Ministerio de Economía y Hacienda.

Dirección General de Aduanas.

ANEXO

Proceso evolutivo de la economía española
(1977-1992)

Años	Tasas variación		Paro (% de la población activa)	Necesidades de financiación de las Adm. públicas (% s/PIB)	Saldo balanza corriente (% s/PIB)
	PIB	IPC			
1977	3,3	24,5	5,7	0,6	-1,8
1978	1,8	19,8	7,4	1,8	0,9
1979	0,2	15,7	9,0	1,7	0,3
1980	1,5	15,5	11,8	2,6	-2,4
1981	0,4	14,6	14,6	3,9	-2,7
1982	1,2	14,4	16,5	5,6	-2,5
1983	1,8	12,1	18,1	4,8	-1,5
1984	1,8	10,3	20,8	5,5	1,3
1985	2,3	8,2	22,0	6,9	1,7
1986	3,2	8,8	21,2	6,1	1,7
1987	5,6	4,6	20,6	3,1	0,1
1988	5,2	5,8	19,5	3,2	-1,1
1989	4,8	6,9	17,3	2,8	-2,9
1990	3,6	6,5	16,3	4,1	-3,4
1991	2,4	5,5	16,3	4,9	-3,1
1992	1,0	5,4	17,1	5,8	-4,2

Los gobiernos, bajo el reinado de Juan Carlos I, a lo largo del período 1977-1992, fueron: cinco presididos por Adolfo Suárez (UCD), desde el 4 de julio de 1977 al 25 de febrero de 1981; dos presididos por Leopoldo Calvo Sotelo (UCD) hasta el 2 de diciembre de 1982, iniciándose a partir de esta fecha la etapa de gobiernos socialistas (seis hasta ahora) presididos por Felipe González (PSOE).

Balanza de pagos por cuenta corriente
(saldos en millones de dólares)

	1988	1989	1990	1991	1992 (e)
I. Mercancías	-16.159	-24.494	-29.520	-32.613	-37.142
II. Servicios	+9.359	+8.445	+9.006	+9.106	+7.129
III. Transferencias	+3.701	+4.407	+4.794	+7.137	+5.396
Balanza por cuenta corriente	-3.099	-11.642	-15.720	-16.372	-24.716

Reservas centrales netas
(saldos a final de período expresados en millones de dólares)

1986	16.001
1987	30.172
1988	39.875
1989	44.422
1990	53.104
1991	66.283
1992	50.484
1993 (marzo)	48.132

Deuda exterior
(saldos a final de período expresados en millones de dólares)

1986	24.063
1987	30.155
1988	32.748
1989	34.764
1990	44.973
1991	58.011
1992	79.786

Nota: La valoración de las reservas y de la deuda exterior se ha efectuado al tipo de cambio comprador a fin del respectivo período. El saldo de la balanza de pagos se ha establecido de los datos de Registro de Caja del Banco de España.

(e) Estimación.